



¿Cuál es la naturaleza de nuestro nacionalismo? ¿Qué alcances posee nuestra identidad? En *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, el politólogo se sirve del emblema del petróleo –en el que los mexicanos concentran acendrados valores patrios– para analizar el presente. En esta entrevista, que él convertirá en un homenaje a Lázaro Cárdenas, encuentra una sola salida para el país: la restitución del modelo cultural.

Lorenzo Meyer:
**La cultura,
nuestra salvación**

Judith Amador Tello

Entre más profundiza en el tema del petróleo, el historiador Lorenzo Meyer más se convence de la grandeza histórica del general Lázaro Cárdenas, y piensa:

“¡Caracoles, mi general, cómo nos fue a dejar!”

Hasta explica que la designación de Manuel Ávila Camacho como su sucesor no fue su gran error histórico, sino producto de la reflexión y conocimiento de las circunstancias del contexto nacional e internacional; de ser –en suma– un visionario.

Y a decir del profesor e investigador del Colegio de México, nada hay tan estrechamente vinculado al concepto de nacionalismo como el petróleo. Nada que los mexicanos sientan tan suyo. Por ello despierta tan enconados debates, como el generado por la llamada reforma energética, el año pasado.

El también politólogo e internacionalista acaba de reeditar su libro *Las raíces del nacionalismo petrolero en México* (publicado por Océano), en el cual advierte que si la industria petro-

lera mexicana no vuelve a ser sostén para que México conduzca su propio destino, 1938 pasará a ser una fecha más de una historia.

Convencido del nacionalismo como la esencia de un proyecto de nación viable, Meyer considera que, aunque se le juzgue “pasado de moda”, puede restaurarse si se fortalecen las instituciones. Y no duda que podría construirse un proyecto con bases culturales como el impulsado por José Vasconcelos en los años veinte del siglo pasado. Aunque le

es claro que el gobierno actual carece de proyecto.

Historia sin fin

Fue hace casi 40 años cuando su libro se editó por primera vez. Fue, de hecho, su tesis de doctorado. Al término de su examen profesional, las autoridades del Colegio de México le informaron que se publicaría. Y salió justo en 1968, cuando estaba en su apogeo el movimiento estudiantil. Él se encontraba en Estados Unidos y participaba en la protesta desde Chicago.

La primera reedición apareció en un momento no menos candente de la vida nacional: En 1972, un año después de la matanza del jueves de Corpus Christi, cuando tenía claro ya que para entender México y su "posible evolución" habría que deslegitimar "por la vía académica y de la crítica esa fórmula autoritaria de la que Luis Echeverría era el representante y sucesor de Gustavo Díaz Ordaz".

Este tercer momento de publicación de su libro le parece resultado de la decadencia del régimen anterior. Un régimen que, tal vez en la forma pero en la esencia, no se ha modificado. Y por tanto, está menos optimista frente al cambio, pues siente que la sociedad mexicana no ha visto recompensado su esfuerzo.

—¿No ve ánimo en la sociedad para seguir combatiendo por un cambio?

—No en la misma forma. En el pasado era más claro. Hubo un PRI abiertamente antidemocrático, una sociedad que sabía de antemano que en el proceso electoral estaban los dados cargados, que no tenía mucho sentido. Ahora parece haber en una parte sustantiva de la sociedad una resignación, y no culpo a quienes así se sienten, porque realmente se invirtió mucho, pasaron momentos interesantísimos, como 1988, la creación de un partido de izquierda, elecciones creíbles como las de 2000, para volver más o menos a formas diferentes pero contenidos iguales. Así que a quién se le puede pedir ahora: "No, no, ahora sí, entusiásmese, ahora sí empieza de verdad el cambio".

Diversos analistas políticos coinciden en que el desánimo se expresará en las próximas elecciones en un alto grado de abtencionismo. Pero también se ha dicho, como si la historia fuera cíclica, que 2010 puede ser el momento de una nueva revolución en tanto las hubo en 1810 y 1910."

Se le pregunta por ello si así lo cree, o de plano nos robaron el alma combativa.

—Es que la Revolución dejó de ser una perspectiva viable porque las revoluciones reales no dieron mucho resultado. También a ellas les comieron el corazón. La revolución del siglo XX por antonomasia es la soviética, no tanto la nuestra, la revolución China y, en América Latina, la cubana. La

promesa fue muy grande: hacer realidad la utopía, y no fue así. En este momento han perdido mucho prestigio las revoluciones.

"El profesor Friedrich Katz dice que la Revolución Mexicana es quizá de las únicas donde quedan figuras a la altura del mito, y en realidad son un par: Zapata y Villa, quienes no han sufrido el desgaste y desprestigio de Lenin, Stalin, Mao o el propio Fidel. Pero en el México de ahora, ¿quién realmente piensa que, para acabar con este sistema de abuso y corrupción, la salida está en las armas? Ya se tomaron en otro momento y no se acabó, simplemente se modificó. ¿Cuál es la salida?"

Reflexiona unos segundos y añade que tal vez le falte imaginación. Hace otra pausa y menciona el movimiento social encabezado por Andrés Manuel López Obrador. Aunque cree que sus principales oponentes no son ya ni Televisa ni el gobierno de Felipe Calderón, sino el desánimo. Y es que 2006 mostró también no ser una vía para el cambio, y "México sigue en el mismo lugar":

"No encuentro por dónde vaya a haber un cambio de dirección en esta decadencia política en la que está metido México."

Se le pregunta si al expresar su propio desencanto, avizora que el PAN se quedará por 20 o 30 años en el poder, como lo anunció Ramón Muñoz en 2006 (**Proceso** 1560). Lo trágico para Meyer es que no haya más que ese "pobre proyecto", y no un proyecto nacional. Recuerda los proyectos de Estado de Cárdenas, "lleno de vitalidad"; el de Miguel Alemán, aunque basado en la industrialización, la burguesía mexicana y la "paz autoritaria"; y el "último", a su juicio, fue el de Carlos Salinas, para insertar a México en la economía norteamericana.

El PAN, añade, sólo ha propuesto la democracia política y "la echó a perder". Explica que el PRI logró quedarse más de 70 años en el poder por ser resultado de una revolución, pero el PAN "no es resultado de nada similar". Por el contrario, la ignorancia y codicia de los Fox echó todo por los suelos al manipular la elección.

Oro nacional

El historiador cuenta que cuando planeó su libro en los sesenta, percibía que el petróleo era la concreción de la "energía nacionalista de México". Ha habido otros elementos del nacionalismo, como la propiedad nacional de los minerales, pero en ningún campo se mostraba tan claramente la lucha nacionalista como en aquel.

Su historia se remite al porfiriano, cuando Díaz entrega la explotación a particulares extranjeros, con una mínima contraparte para México. Y va contando a través de los sucesivos gobiernos la lucha por la propiedad y las presiones de los gobiernos extranjeros, particularmente de EU.

Un momento destacable en la lucha es cuando Venustiano Carranza ve en esa riqueza la posibilidad de hacerse de recursos y establece el párrafo cuarto del artículo 27 constitucional, para tener derecho a las regalías. Un derecho que el capitalismo internacional se niega a reconocer. Fue, interpreta, una clara expresión del conflicto histórico: El enfrentamiento entre una revolución nacionalista antiimperialista y los imperios, que se fue concretando en el petróleo.

Al asumir el poder Álvaro Obregón, intentó reglamentar la fracción cuarta, pero se enfrentó con la falta de reconocimiento de EU a su gobierno. Finalmente lo reconocieron, pero no se avanzó en el tema petrolero. Plutarco Elías Calles intentó también reglamentar, pero con la guerra cristera encima y otros conflictos internacionales, logró sólo un acuerdo no oficial con el embajador estadounidense, Dwight Morrow, quien aceptó la propiedad nacional del petróleo pero sólo de los descubrimientos hechos después de 1917. Meyer destaca que aquí logra introducirse el concepto de concesión, que en el fondo es el reconocimiento a la propiedad mexicana.

Al llegar Cárdenas a la presidencia reabre el problema, "de una manera muy inteligente, muy, muy buena": Decide no meterse con la derecha y apoyar la creación de un sindicato que pide un contrato colectivo —"el primero"—, con lo cual se reduce el personal de confianza de las compañías petroleras y el sindicato se va haciendo de información de las empresas.

"Es el momento en que los sindicatos están formado esa gran organización corporativa. Cuando los abuelos de Elba Esther eran buenos y están naciendo. Son actores políticos importantes. Y por ahí, por el lado laboral, y no por el legal, se va a meter Cárdenas."

En otro frente, negocia con los ingleses la posibilidad de formar una empresa, parte mexicana, parte británica, para explotar en Poza Rica a cambio del reconocimiento a la soberanía y la propiedad original del petróleo, incluso antes de 1917. Así, resume el historiador, Cárdenas triunfa con los ingleses, neutraliza a los estadounidenses y entra con los trabajadores por una puerta que ni Carranza ni Obregón ni Calles habían abierto. Recuerda además que gobernaba en EU Franklin D. Roosevelt, quien coincidía con Cárdenas en algunos aspectos ideológicos.

Roosevelt, aunque sea por "pragmatismo", acepta el principio de la no intervención cuando menos para América Latina, el panamericanismo. Ambos tenían "dos grandes proyectos nacionales, basados en la idea de favorecer a las clases más deprimidas, no a la élite". Son antifascistas, aunque Cárdenas va más adelante aún: Está en el umbral la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto, Cárdenas da el gol-

pe. Se da cuenta además de que EU no le hará mucho, pues ante la guerra no añadirá un conflicto en su frontera sur.

EU sí presiona y boicotea la compra de petróleo, pero Cárdenas decide que México "no se ahogará en su petróleo". Y más aún, "se lo vende a los nazis, lo vende a los fascistas italianos y lo vende a los japoneses, ¡a sus enemigos!". Roosevelt había amenazado también con no cumplir un acuerdo de importación de plata, pero la siguió comprando por fuera de ese acuerdo. Todo en conjunto fue medido por Cárdenas.

-¿La expropiación se logra entonces porque era un gran visionario?

-¡Ufff! Cárdenas es quizá de los que, ¡bueno...! Se pone mucho a Juárez como el ejemplo de un buen presidente. No se lo quito, pero Cárdenas es más claro, en él casi nunca hay retrocesos. No hay un tratado McLane-Ocampo que se le pueda encontrar. Es interesante. No es una persona con una inteligencia deslumbrante, pero sí con una gran integridad... una columna vertebral ética perfecta.

Katz ha dicho que a la altura de los mitos de Villa y Zapata, sólo Cárdenas, y lo considera el último de los grandes personajes de la Revolución. Meyer no coincide del todo, para él Cárdenas nunca fue un gran general, y Villa y Zapata no llegaron al poder. Pero sí ve al general michoacano como el gran constructor, "el que le da el toque final a la Revolución".

Nacionalismo

Cuando Meyer terminó su tesis, no imaginó que el tema del petróleo resurgiría en esta época, y menos que el concepto de nacionalismo se pondría en cuestionamiento. Pensaba que la propiedad del petróleo era para entonces incuestionable y la lucha por su nacionalización, un ejemplo de empeño, de enfrentamiento con las grandes potencias, de imposición del interés nacional, como hay pocos en la historia de México.

"Estaba absolutamente seguro en los sesenta que nadie nunca volvería a poner en duda el derecho de México a mantener el petróleo como estrictamente mexicano y nacionalizado."

Ahora, introduce en el volumen esa confrontación entre el neoliberalismo y el proyecto nacionalista. La expropiación, en opinión suya, es "uno de los momentos más brillantes de un nacionalismo que ahora se está desdibujando". Recuerda que otra parte del nacionalismo fue la expropiación de la tierra, pero básicamente afectó a terratenientes mexicanos, en cambio la petrolera sí llegaba al "corazón del sistema capitalista mundial".

Meyer está revisando ahora archivos estadunidenses y ve que en realidad la presión del vecino país jamás se interrumpió: Alemán firmó con cinco empresas nortea-

mericanas contratos de riesgo, y Reyes Heróles (el padre) tuvo que pagarles para anularlos desembolsando dinero de Pemex.

Y por más que se decía en cada momento que ya se cerraba el asunto, "la mala hierba volvió a brotar y a decirnos: '¡Por favor! Esto del nacionalismo revolucionario ya es viejo. Ya cierren el capítulo. ¿O vamos a seguir viviendo con nuestros abuelitos? El México del siglo XXI, metido en el Tratado de Libre Comercio, ya es parte de la modernidad. Y el petróleo se maneja muy mal desde el Estado, es muy corrupto el Estado mexicano, y ese sindicato ¡ufff!, vaya que sí es corrupto. Dejémoslo a las empresas privadas, que no son corruptas. Ya cerremos ese capítulo de la historia'".

"Y yo digo: ¡No, no lo cerremos! Ese capítulo tiene que mantenerse abierto. México no ha conseguido nada con volverse a petrolizar. ¿Qué ganamos con haber vuelto a ser un país exportador de petróleo a partir de López Portillo? Entre otras cosas, el endeudamiento; luego que los precios fluctuaron, la quiebra misma del modelo económico. Hemos mandado millones y millones de barriles al mercado mundial y ¿qué ha quedado? De 1983 a la fecha la economía no ha crecido."

Rememora que el propio Cárdenas advirtió que el petróleo debía ser para enfrentar las necesidades de México y no para satisfacer "la sed de los mercados internacionales". Y al violar ese mandato, México se convirtió en un país subdesarrollado y petrolizado. Y ningún país funciona así. Sólo Noruega, menciona como ejemplo, pero tiene "prerrequisitos importantísimos": un gobierno honesto, una administración profesional y un sistema democrático. Además no gasta los ingresos petroleros, sino los mete en un fondo para el futuro, para cuando no haya más petróleo, mientras "aquí nos lo echamos básicamente para no hacer la reforma fiscal".

-Usted dice que se acusa al nacionalismo de ser trasnochado, pero era parte de todo un proyecto de Estado, y hubo así un proyecto educativo, uno cultural, y hasta el arte estuvo marcado por ese nacionalismo.

-Sí, así es.

-¿Qué nos pasó? ¿Por qué la OCDE nos dice qué hacer en educación, cuando tuvimos grandes pensadores como Vasconcelos? Se dice que no hay proyecto cultural y hasta el arte no quiere nada que huelva a cactus...

-Yo le respondería de una manera oblicua... Se abandonó el nacionalismo cuando estamos al lado del país más nacionalista del orbe, que es Estados Unidos. Esos sí son nacionalistas, ¿eh? Además son soberanos. A ellos nadie les impone nada, ni la ONU. Ellos toman sus decisiones.

"¡México hizo su nacionalismo por eso, porque está frente a Estados Unidos! Si estuviésemos en el cono sur, probablemente

se hubiera desarrollado de otra manera, pero este nacionalismo, un poco constreñido, tan necesario de murales y de danzas y de novela y de todo eso, fue por estar junto a ellos. Todo imperio es muy nacionalista. Y vienen aquí los neoliberales y los intelectuales modernos a decirnos: '¡Ay qué feo! ¡Vamos a ser cosmopolitas!'

Lo interpreta de plano como una rendición de banderas frente a EU, como pedir que nos absorban para dejar de ser "estos subdesarrollados que somos". Se pregunta qué sentido tiene ser nacionalista ahora, y enfatiza:

"Vamos a ponerlo de esta manera: Una nación debería tener una solidaridad interna, bueno, no la hay en México; debe tener orgullo en sus instituciones, en su proyecto; no lo hay, pero lo hubo."

Para él la reforma agraria fue un tipo de solidaridad, pues se redistribuyó la riqueza entre la mayoría de los mexicanos. Luego hubo un proyecto de nación expresado en la educación y en la cultura. Acepta que hay un tipo de nacionalismo demagógico que a costa de defenderse del mundo externo, le pasa la cuenta a la sociedad:

"Pero el nacionalismo mexicano, en primer lugar, no es agresivo, tuvo momentos muy feos de xenofobia con los chinos; nadie es inocente, ni nuestro nacionalismo, pero en términos generales no es agresivo, no queremos imponerle nada a nadie. Simplemente queremos defendernos un poco de este accidente histórico de estar al lado del país más poderoso del planeta. Y el mejor nacionalismo es el del general Cárdenas."

—¿No fue su gran error no dejar como su sucesor a Múgica?

—¡No! Era un país al borde de una catástrofe. La derecha, como la de ahora —son los antecesores de la de hoy, de los que hicieron el desafuero, de los que hicieron la elección de 2006—, estaba a punto de saltar con Almazán. Una parte de la revolución del general Calles —lo descubrí en unos archivos españoles— ya estaba en tratos con Franco para conseguir dinero para la rebelión de Almazán. Y tenían compradas algunas cosas en California para meterlas por la frontera.

"Los desarmó el hecho de que Cárdenas dijera: 'No es Múgica'. Cárdenas tenía la idea de comprar tiempo. Para que ese mundo que apenas despertaba desde abajo pudiera organizarse. Él dijo muchas veces: 'Los dejé organizados'. Pero bueno, es la lógica también del autoritarismo, lo hizo desde arriba, no desde abajo, y desde arriba se lo cambiaron también."

—¿Hasta en ese que parecía su gran error histórico fue visionario?

—Sí. Él no compró la utopía. Sabía en qué país estaba. Sabía hasta dónde pudo en esa especie de golpe interno. Cárdenas tomó el poder que nadie esperaba, le dio un golpe interno al Maximato, un golpe interno a la derecha de la Revolución, pero no se

podía ir muy lejos así. Cárdenas no fue elegido por un México que tuviera conciencia de quién era Cárdenas, se le veía como uno más de los peleles —ya no hay que usar mucho el término—, uno más que ponía Calles. En efecto, así fue, pero en el proceso dio el salto que nadie esperaba. Dio ese golpe de izquierda desde dentro del Estado.

Añade que en los pocos años que tuvo, no se podía todo. Cuando hizo la expropiación en 1938, el mundo se le fue encima y logró mantenerse. Era mucho ya pedirle reiniciar una lucha armada para combatir a los almanistas, y "hasta ahí llegó, tampoco era Dios".

—¿Se puede salvar todavía parte del nacionalismo? ¿Hay modo de restaurar nuestra identidad?

—Podemos restaurarlo, pero no por la vía que llevamos. Lo que el nacionalismo nos exige ahora es construir instituciones de las que estemos orgullosos. Que podamos decir: Nuestro sistema educativo es de un país pobre, pero Finlandia tiene uno de los mejores... Podemos cuando digamos: '¿Se acuerdan del sistema de justicia corrupto hasta el tuétano? Ya no está así'. Podemos cuando tengamos una administración pública de funcionarios profesionales, comprometidos con la ética que es el servicio al Estado, y eso significa el servicio a la comunidad. ¡Claro que tenemos esas posibilidades de estar orgullosos de nuestra propia edificación del entorno institucional!

"Pero lo que tenemos ahorita de entorno institucional es la destrucción. Estamos peor que antes. Aquí los únicos que están orgullosos de sí mismos, de lo que están haciendo, son los narcos. Tienen la capacidad hasta de tener su cultura, sus ejércitos, sus canciones, son hombres bragados que ponen su vida de por medio, no como estos burócratas que mandan al Ejército pero se quedan ellos atrás protegidos, que nunca van a tener un problema. Pero, ¡Dios!, eso es lo único que tiene éxito ahorita en México, son los únicos hombres hechos desde abajo y con éxito."

—¿Cree que por la vía de un proyecto cultural como el impulsado por Vasconcelos, podríamos retomar un proyecto de Estado?

—¡Desde luego! Porque la cultura es todo. La cultura es la única salvación que tenemos. La cultura no es sólo educación, pero la educación es parte central de la cultura. México ya no puede seguir exportando petróleo para ver si así nos salvamos. Debemos tener científicos, cuando estamos destruyendo las instituciones científicas; tener una mano de obra bien preparada... Necesitamos una primaria que enseñe a leer y escribir, y la OCDE nos lo está diciendo, no saben leer ni saben matemáticas ni saben ¡nada!

"Nacionalismos exitosos, el norteamericano, el chino, el hindú, esos vaya que sí tienen éxito. Son nacionalistas, ¡muuuuy nacionalistas!, pero le dan una salida positiva." ●